

ISIS SIN VELO

Clave de los misterios de la ciencia y teología antigua y moderna

TOMO II

HELENA PETROVNA BLAVATSKY



Editorial ELA

Andrés Mellado, 42

28015 Madrid

España

www.libreriaargentina.com

Índice

Capítulo I	7
<i>El hombre de las cavernas. Simbolismo de las pirámides. La creación del hombre. Los ángeles rebeldes. Las tres luces. Divinidades bisexuales. Interpretación del Génesis. Opinión de Spinoza. Espíritus elementarios. Espíritus planetarios. Los horóscopos. Caída en la generación. Las dos almas. Los "hermanos de la sombra". Evocación de las almas. Carta curiosa. Espíritus de la naturaleza. Supervivencia de los animales. La chispa argentina. Armonía y justicia. Espíritus malignos. Nuevos descubrimientos.</i>	
Capítulo II	44
<i>Conferencia del P. Félix. Un dilema. El libro de la vida. Opinión de Apuleyo. Los Arhates. Dioses manifestados. Reencarnación. Los hechiceros. La obsesión. La clase de la "kabala". Espectros fingidos. Brujerías de Salem. Vulnerabilidad astral. Suspensión de la vida. La mediumnidad. Fenómenos de Cevennes. Teomanía e histerismo. Fenómenos insólitos. Reto original.</i>	
Capítulo III	77
<i>Houdin en Argelia. Fascinación de serpientes. Serpientes danzantes. Fenómenos teratológicos. Imaginación maternal. Condiciones prenatales. Influencia materna. Hipótesis de Armor. Explicación lógica. Imaginación y fantasía. Casos curiosos. El principio vital. Límites de la naturaleza. Opinión de Corson. Despotismo científico. Las ciencias antiguas y modernas. El voto sodaliano. Rarezas zoológicas. Inventos antiguos. Aguas de sangre. Regla de criterio.</i>	
Capítulo IV	110
<i>La aurora boreal. Bases fisiológicas de la vida. La experiencia humana. El fuego trino. Instinto y razón. El alma de los animales. Coeternidad de la materia. Concepto del Nirvana. Adán y Eva. Intuición y oración. Eclipse de la verdad. Reencarnación de Buda. Pinturas de Dendera. El filósofo Amonio. La prueba del fuego. Dragones legendarios. El vampirismo. Casos de vampirismo. Muerte aparente. Entidades espirituales. Íncubos y súcubos. Opinión de Ennemoser.</i>	
Capítulo V	147
<i>Simbolismo antiguo. Fotografías akâsicas. Los homúnculos. Sesión de magia. Fenómenos mágicos. Fenómeno del trípode. Pináculo de ilusión. La vida en la muerte. Resurrección de fakires. La muerte real. Animación suspensa. Los huesos de Eliseo. Mediación y mediumnidad. Desinterés de los medianeros. El médium pasivo. Apariciones espectrales. Distinciones fenoménicas. Los madanes de oriente. Levitaciones del médium y del adepto. Opinión del profesor Wagner. El movimiento continuo. Elixir de larga vida. Tierra preadámica. El sagrado tetragrama. Transmutación de metales. Juicio sobre los antiguos. Los libros de Euclides. El rayo violado.</i>	

Capítulo VI

194

Hidráulica egipcia. Arquitectura egipcia. Translación de obeliscos. Cómputo astronómico. El laberinto de los doce señores. Ruinas de Karnak y Dendera. Civilización antigua. El pararrayos en la antigüedad. Clave jeroglífica. Arte militar de los egipcios. Las etapas de la ciencia. El sabrismo caldeo. El lino egipcio. Siderurgia egipcia. Vendaje de las momias. La química de los colores. Arte musical. Navegantes egipcios. Alegorías idénticas. Cosmogonía quiché. Aborígenes americanos. Filiación de los hevitás. La serpiente de bronce. Las orillas del atlántico. Religión universal. Monumentos religiosos. El cinocéfalos egipcio. Origen del Nagkon-Wat. Origen de los judíos. Hebreos y fenicios. La clave arquitectónica. El enigma de la esfinge.

Capítulo VII

249

El Edén de la Biblia. Reliquias ceilanesas. El Génesis y la kábala. La literatura índica. Símbolo de Siva. El mundo oriental. La época de Manú. El código de Manú. La isla transhimaláica. Depravación de los atlantes. El tesoro de los incas. Subterráneos del Perú. El ejercicio de la magia. Leyendas chinas. Espíritus del desierto. La arena musical. Los tiburones de Ceilán. Sesión de magia. El espíritu de Beethoven. Estatuas animadas. Los milagros de Lourdes. La pavorosa Theopoea. Sixto V y los talismanes. Progresos de la India antigua. Veleidades de los científicos. Un científico disidente. El divino Pymander. Juicio de Champollión. El apotegma de Nárada.

Capítulo I

No califiques de locura aquello de que han probado no saber nada.

Tertuliano. *Apología.*

Esto no es cosa de hoy ni de ayer, sino de todo tiempo. Y nadie nos ha dicho todavía de dónde ni cómo viene.

Sófocles

La creencia en lo sobrenatural se ha manifestado espontáneamente desde un principio en todos los pueblos de la raza humana. La incredulidad en lo sobrenatural conduce al materialismo, el materialismo a la sensualidad y la sensualidad a las catástrofes sociales entre cuyas convulsiones aprende el hombre otra vez a creer y orar.

Guizot

Si alguien no cree en estas cosas, guarde para sí su opinión y no contradiga a quienes por ellas se ve inclinado a la práctica de la virtud.

Josefo

De los pitagóricos y platónicos conceptos de la materia y de la fuerza, vayamos ahora a la cabalística teoría sobre el origen del hombre y compáremosla con la de la selección natural expuesta por Darwin y Wallace, pues tal vez hallemos tantas razones para atribuir a los antiguos la originalidad en este punto como en los que hasta aquí hemos considerado. A nuestro entender, la teoría de la evolución cíclica deriva su más valiosa prueba del cotejo entre las enseñanzas antiguas y las de los padres de la Iglesia respecto a la figura de la tierra y al movimiento del sistema planetario. Aun cuando no cupiera esperar otra prueba, la ignorancia de Agustín y Lactancio en estas materias, que extravió a la cristiandad hasta la época de Galileo, bastaría para evidenciar los eclipses que de tiempo en tiempo sufren los conocimientos humanos.

Algunos filósofos antiguos dicen que las “vestiduras de piel” que, según el Génesis (1) proporcionó Dios a Adán y Eva, significan los cuerpos carnales de que en la sucesión de los ciclos se vieron revestidos los progenitores de la raza humana. Sostenían dichos filósofos que la forma física, de semejanza divina al principio, se fue densificando gradualmente hasta que descendiendo al punto ínfimo del que pudiéramos llamar postrer ciclo espiritual, entró la humanidad en el arco ascendente del primer ciclo terreno. De entonces arranca una no interrumpida serie de ciclos (*yugas*) cuyo exacto número de años se mantuvo

secreto en los santuarios sin revelarlo más que a los iniciados. En cada ciclo, edad o yuga, el género humano alcanza la mayor perfección posible en aquel ciclo; pero después decae antes de entrar en el nuevo ciclo con todos los residuos de su precedente civilización social y mental. Así se suceden los ciclos en transiciones imperceptibles que llevan al pináculo el poderío de los imperios, para de allí decaer hasta extinguirse. En el límite del arco inferior de cada ciclo, la humanidad queda sumida de nuevo en la barbarie. Desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, cuenta la historia el poderío y decadencia de las naciones que ascendieron a la cumbre para hundirse en el llano. Draper observa que no cabe incluir en cada ciclo a toda la especie humana, sino que, por el contrario, mientras la humanidad decae en algunos países, progresa y asciende en otros.

Esta teoría de la evolución cíclica es muy semejante a la ley reguladora del movimiento de los astros, que además de girar sobre su eje volteam en diversidad de sistemas alrededor de sus respectivos soles.

Via y muerte, luz y tinieblas, día y noche se suceden alternativamente en el planeta mientras gira sobre su eje y recorre el círculo zodiacal, el menor de los ciclos máximos (2). Recordemos el axioma hermético: “Como es arriba así es abajo; así en la tierra como en el cielo”.

EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS

Con profunda lógica arguye Wallace diciendo que el hombre ha progresado mucho más en organización mental que en física, y opina que el hombre difiere de los animales en su fácil adaptación a los medios circundantes sin otables alteraciones en su forma y estructura corporal. Advierte Wallace que la variedad de climas está en correspondencia con la variedad de trajes, moradas, armas, aperos y utensilios. Según el clima, puede el cuerpo humano estar más erguido y menos cubierto de pelos con diversa proporcionalidad de miembros y pigmentación de la piel. “El cráneo y el rostro están íntimamente relacionados con el cerebro, que cambia al par de la evolución mental, puesto que es el medio de expresión de los más refinados impulsos de la naturaleza humana”. Continúa diciendo Wallace que “cuando el hombre tenía apariencia de tal, sin que apenas participara de la naturaleza humana, no poseía el don de la palabra ni sentimientos de moralidad y simpatía ni tampoco el cerebro tan maravillosamente dispuesto para órgano de la mente, que, aun en los más atrasados individuos, le da innegable superioridad sobre los brutos”. El hombre debió de constituir en otro tiempo una raza homogénea (sigue diciendo Wallace) y poco a poco ha casi desaparecido el pelo que cubría su cuerpo... “La anchura del rostro y el enorme desarrollo de la rama ascendente del maxilar inferior denotan en el hombre de las cavernas de Les Eyzies poderosa musculatura y costumbres brutalmente salvajes”.

Tales son los vislumbres de la antropología nos da acerca de unos hombres que llegados al término de un ciclo entraban en el siguiente. Veamos hasta qué punto los corrobora la psicometría clarividente. El profesor Denton dio a su esposa para que los psicometrizar un pedazo de hueso fósil sin advertirla de lo que era. Inmediatamente evocó aquel pedazo de hueso visiones de gentes y sucesos que Denton asigna a la Edad de piedra. Vio la psicómetra hombres muy parecidos al mono, con el cuerpo tan cubierto de pelo que parecía vestido. Preguntóle su marido si aquellos hombres tenían las caderas conformadas para mantenerse en posición bípeda, y respondió que no podían, pero que se echaba de ver en cierta parte del cuerpo menos pelo que en las otras, con la piel algo más coloreada. La cara parece achatada con mandíbulas salientes, la frente hundida en el centro y abultada por encima de las cejas. También vio la psicómetra un rostro muy semejante al del hombre, pero de líneas parecidas al del mono. Todos aquellos seres le parecieron de una misma especie y todos tenían el cuerpo peludo y los brazos muy largos (3).

Acepten o no los científicos que la teoría hermética de la evolución atribuye al hombre origen espiritual, ellos mismos nos enseñan cómo ha ido progresando la raza desde el más bajo punto a que alcanza la observación antropológica, hasta su actual estado evolutivo. Y si por todas partes se descubren analogías en la naturaleza, ¿será improcedente afirmar que a la misma ley de evolución obedecen los pobladores del universo invisible? Si en nuestro minúsculo e insignificante planeta la evolución derivó del mono el tipo humano dotado de intuición y raciocinio, ¿cómo es posible que en las regiones sin fin del espacio moren tan sólo las *angélicas* formas desencarnadas? ¿Por qué no señalar sitio en estas regiones a las formas astrales del simiesco hombre primitivo y de cuantas generaciones le han sucedido hasta nuestros días? Claro está que la forma astral de los hombres primievales sería tan grosera e imperfecta como la física.

Los científicos modernos no se toman el trabajo de computar la duración del “ciclo máximo”; pero los herméticos sostenían que por virtud de la ley cíclica, el género humano ha de ascender al mismo nivel del punto en que al descender tomara “vestiduras de piel”, es decir, que con arreglo a la ley de evolución, el hombre ha de *espiritualizar* su cuerpo físico. No cabe impugnar tan lógica deducción, a menos que Darwin y Huxley demuestren que el astral *Homo sapiens* ha llegado al pináculo de su perfección física, intelectual y moral.

Dice Wallace a propósito de la selección natural: “Las razas superiores en inteligencia y moralidad han de prevalecer inevitablemente contra las razas inferiores y degeneradas, al paso que por la influencia de la selección en la mentalidad, evolucionarán las facultades psíquicas de modo que se adapten con mayor justeza a las condiciones del medio ambiente y a las exigencias del estado social. Aunque la forma externa tal vez no altere sus contornos, ganará, sin embargo, en nobleza y hermosura, por la incesante vigorización de las facultades mentales y el refinamiento de las emociones, hasta que todos los hombres

formen una sola y homogénea raza, de cuyos individuos ninguno sea inferior a los más elevados tipos de la actual humanidad” (4).

En este pasaje del eminente antropólogo, se advierte por una parte sobriedad en el método científico y por otra circunspección en las hipótesis, de suerte que sus opiniones no chocan en manera alguna con las enseñanzas cabalísticas. Más allá del punto donde se detiene Wallace, veremos que la siempre progresiva naturaleza, obediente a la ley de adaptación, nos promete, o mejor dicho, nos asegura en el porvenir una raza semejante a la *vrilya*, descrita por Bulwer Lytton (5) como reproducción atávica de los “Hijos de Dios”.

SIMBOLISMO DE LAS PIRÁMIDES

Conviene advertir que la teoría de los ciclos, simbolizada por los hierofantes egipcios en el “círculo de necesidad”, explica al propio tiempo la alegoría de la “caída del hombre”. Según la descripción que de las pirámides de Egipto (6) dan los autores arábigos, cada una de las siete cámaras de estos monumentos llevaba el nombre de un planeta. Su peculiar arquitectura denota ya de por sí la metafísica alteza del pensamiento de los constructores. La cúspide, perdida en el claro azul del cielo faraónico, simboliza el punto primordial, perdido en el universo invisible, de donde surgieron los espirituales tipos de la primera raza humana. En cuanto la momia quedaba embalsamada, perdía, por decirlo así, su individualidad física y simbolizaba la raza humana. Ponían los egipcios la momia en la actitud más favorable a la salida del “alma”, que estaba obligada a pasar por las siete cámaras planetarias antes de recobrar su libertad por la simbólica cúspide. Las cámaras simbolizaban a un tiempo las siete esferas y los siete superiores tipos físico-espirituales de la humanidad futura. De tres en tres mil años, el alma, símbolo de la raza, había de regresar al punto de partida para de allí emprender nueva peregrinación hacia un mayor perfeccionamiento físico y espiritual. Verdaderamente es preciso ahondar en la abstrusa metafísica de los místicos orientales para percatarnos de la multiplicidad de temas que a un tiempo abarcaba su majestuosa mente.

No satisfecha el Adán edénico (7) de las condiciones en que le puso el Demiurgos (8) intentó orgullosamente ser creador. Este segundo Adán, salido de manos del andrógino Kadmon, es también andrógino, pues según las antiquísimas enseñanzas encubiertas alegóricamente por Platón (9) los arquetipos de las razas humanas estaban contenidos en el árbol microcósmico que creció y se desarrolló dentro y debajo del gran árbol mundanal o macrocósmico. Por diversos e innumerables que sean los rayos del sol espiritual, todos emanan de la unidad divina en cuya lumínica fuente tuvieron su origen las formas orgánicas e inorgánicas y también la forma humana.

Aun cuando repudiáramos la primitiva androginidad del hombre en lo concerniente a su evolución física, no cambiaría el sentido espiritual de la alegoría. Mientras el Adán edénico, el primer dios-hombre, encarnación de los ele-

mentos masculino y femenino, se mantuvo en estado de inocencia sin idea del bien y del mal, no sintió apetencia de “mujer” porque ella estaba en él y él en ella (10). Adán asume la distinción masculina separada de la femenina cuando la maligna serpiente (11) mostró el fruto del árbol mundanal o árbol de la ciencia. En aquel punto cesa la integración andrógina y el hombre y la mujer se diferencian en dos distintas entidades con ruptura del enlace entre el espíritu puro y la materia pura.

Desde entonces dejó el hombre de *crear espiritualmente* por el poder de su voluntad, limitado en adelante al orden físico hasta reconquistar el reino espiritual tras larga prisión en la cárcel de carne. Tal es el significado del *Gogard*, el helénico árbol de la vida, el sagrado roble en cuyas frondosas ramas anida una serpiente que no es posible expulsar de allí (12). Esta serpiente mundana reptó fuera del *ilus* primordial y a cada evolución acrecienta su corpulencia, fuerza y poderío.

LA CREACIÓN DEL HOMBRE

El primer Adán o Adán Kadmon, el Logos de los místicos judaicos, equivale tanto al Prometeo helénico que intentó parigualarse con la sabiduría divina como al Pimander (13) hermético. Los tres crearon hombres pero fracasaron en su obra (14). Prometeo quiere dotar al hombre de espíritu inmortal trino y uno, para que sin perder la individualidad pueda recobrar su primitivo estado espiritual; pero fracasa en su intento de robar el fuego del cielo y en castigo se ve encadenado a la roca Kazbeck.

Los griegos antiguos simbolizaban el *Logos* indistintamente en Prometeo y Heracles. El *Código de los Nazarenos* dice que Bahak-Zivo desertó del cielo de su padre confesando que aunque progenitor de genios no se ve capaz de plasmar criaturas porque no conoce el orco (15) ni tampoco el “fuego consumidor que no está en la luz”. Entonces Fetahil, una de las potestades, se posa en el “barro” (16) y se maravilla de que así haya cambiado el fuego viviente.

Las mitologías antiguas representan castigados severamente por su osadía a los *Logos* que intentaron dotar al hombre de espíritu inmortal. Los Padres de la Iglesia que, como Orígenes y Clemente de Alejandría, fueron filósofos paganos antes de convertirse al cristianismo, no pudieron por menos de reconocer en los antiguos mitos el fundamento de sus nuevas doctrinas con arreglo a las cuales, el Verbo o Logos se había encarnado para señalar al género humano la senda de la inmortalidad y, deseoso de infundir en el mundo la vida eterna por medio del paráclito fuego, sufrió castigo de muerte como sus predecesores.

Los teólogos cristianos esquivan la dificultad dimanante de estas analogías y cohonestan la semejanza de las figuras diciendo que la misericordia divina concedió aun a los mismos paganos el don de profetizar el drama del Calvario. Pero los filósofos redarguyen con inflexible lógica que los Padres de

la Iglesia se aprovecharon de ya forjadas alegorías, para revestir de ellas sus nuevas doctrinas, de modo que las multitudes vulgares las hallaran semejantes, por lo menos en apariencia, a las paganas.

Los mitos de la caída del hombre y del fuego de Prometeo se refieren también a la rebelión del orgulloso Lucifer precipitado en el insondable orco. En la religión induísta, Mahâsura (el Lucifer indo), envidioso de la refulgente luz del Creador, se sublevó contra Brahmâ al frente de una cohorte de ángeles rebeldes. Pero así como en la mitología griega acude el fiel titán Hércules en defensa de Júpiter y le mantiene en el trono celeste, así en la mitología induísta vence Siva (la tercera persona de la Trimurti) a los rebeldes, y de la mansión celestial los precipita en el Honderah o abismo de eternas tinieblas, donde arrepentidos por fin de su culpa se les abre el camino de perfección.

En la fábula griega, el dios solar Hércules desciende al Hades y acaba con los sufrimientos de las almas, como también en el credo cristiano desciende Cristo a los infiernos para librar a las almas que esperaban el advenimiento. Los cabalistas, por su parte, explican más científicamente esta alegoría. El segundo Adán (17) no era de naturaleza trina, es decir, no estaba formado de cuerpo, alma y espíritu, sino que tan sólo tenía cuerpo astral sublimado y espíritu infundido en él por el Padre. El espíritu pugnaba por librarse de aquella sutil pero aprisionante envoltura, y los esfuerzos que en este sentido hicieron los “hijos de Dios” trazaron el bosquejo de la futura ley cíclica. Según Platón (18), la fábula refiere que “el Creador no quiso que el hombre fuera semejante a los elohim encargados de plasmar las formas de los animales inferiores”; y así, cuando los hombres de la primera raza llegaron al punto culminante del primer ciclo perdieron el equilibrio, y la densificación de su envoltura astral les hizo descender por el arco opuesto.

LOS ÁNGELES REBELDES

El *Código de los Nazarenos* da esta misma versión cabalística de los “Hijos de Dios” o “Hijos de la Luz”. Bahak-Zivo, “padre de los genios”, recibe el encargo de “formar criaturas”; pero como “nada sabe del orco”, fracasa en su empeño y solicita la ayuda de Fetahil, espíritu más puro, que todavía fue menos afortunado en la tarea emprendida. Entonces aparece en la escena de la creación el *anima mundi* (19) y al ver que por culpa de Fetahil (20) había menguado dañosamente el esplendor (la luz), despertó a Karabtanos (21) que estaba frenético y no tenía sentido ni juicio, y le dijo: “Levántate y mira cómo el esplendor (luz) del nuevo hombre (Fetahil) ha fracasado en la formación de hombres. El esplendor ha menguado. Levántate y ven con tu madre (22) para rebasar los límites que te rodean en mayor amplitud que el mundo entero”. Unida la frenética y ciega materia con el alma astral (no el soplo divino) nacieron “siete figuras” (23) y al verlas Fetahil extendió la mano hacia el abismo de materia y dijo: “Exista la tierra como existió la mansión de las fuerzas”. Y sumergiendo la

mano en el caos lo condensa y crea la tierra (24).

Relata después el *Código* como Bahak-Zivo quedó separado del alma astral y los ángeles malos de los buenos (25). Entonces, el gran Mano (26), que mora con el gran *Ferho*, llama a Kebar-Zivo (27) y compadecido de los insensatos genios rebelados por su desmesurada ambición, le dice: “¡Señor de los genios! (28): mira lo que hacen los ángeles rebeldes y lo que están maquinando (29). Dicen ellos: “Evoquemos el mundo y pongamos en existencia las fuerzas. Los genios son *príncipes*, hijos de la luz; pero tú eres el *Mensajero de Vida*” (30).

Para frustrar la influencia de la progenie del alma astral o siete principios malignos, el potente señor de la Luz (Kebar-Zivo) engendra otras siete figuras (31) que resplandecen “desde lo alto” (32) en su propia luz y forma y así se restablece el equilibrio entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Pero estas criaturas carecían del puro y divino soplo (33) y estaban formadas tan sólo de materia y luz astral (34). Tales fueron los animales precursores del hombre sobre la tierra. Los espíritus (hijos de la Luz) que se mantuvieron fieles al gran *Ferho* (causa primera) constituyen la jerarquía celestial de los *Adonim* y las legiones de hombres espirituales que no *encarnaron jamás*. Los espíritus rebeldes y sus secuaces, con los descendientes de las siete “necias” figuras engendradas por Karabtanos en su unión con el espíritu astral, constituyeron andando el tiempo los “hombres terrenos” (35) después de pasar por *todas* las creaciones de cada elemento. De este punto de la evolución arranca la teoría de Darwin que demuestra cómo las formas superiores proceden de las *inferiores*. Sin embargo, la antropología no se atreve a seguir el metafísico vuelo de la cábala más allá de nuestro planeta, y muy dudoso es que los antropólogos tengan el valor de buscar en los viejos manuscritos cabalísticos el eslabón perdido.

Puesto en movimiento el *primer ciclo*, su rotación *descendente* trajo a nuestro planeta de *barro* una porción infinitesimal de las criaturas *vivientes*. Llegada al punto inferior del arco cíclico, es decir, al punto inmediatamente precedente a la vida en la tierra, la chispa divina, suspensa todavía en el Adán, pugna por separarse del alma astral porque “el hombre iba cayendo poco a poco en la generación” y la vestidura de carne se densificaba paralelamente a la actividad.

Ahora se nos ofrece al estudio un *sod* (36) que el rabino Simeón (37) comunicó a muy pocos iniciados, pues sólo se revelaba de siete en siete años en los misterios de Samotracia y sus recuerdos están espontáneamente impresos en las hojas del misterioso *Kunbum*, el árbol sagrado de la comunidad de lamas adeptos (38).

LAS TRES LUCES

En el mar sin orillas sin orillas del espacio refulge el invisible y céntrico sol espiritual cuyo cuerpo es el universo en que infunde su alma y su espíri-

tu. Todas las cosas están formadas según este ideal arquetipo. El cuerpo, alma y espíritu del invisible sol manifestado en el universo son las tres emanaciones, las tres vidas, los tres grados del *Pleroma* agnóstico, los tres rostros cabalísticos. El *Anciano de los Días*, el *Santo* de las edades, el supremo *En Soph* “tiene forma y después no tiene forma” (39). Así dice el Zohar (Libro del Esplendor): “El Invisible tomó forma al poner el universo en existencia” (40). El alma del Invisible es la *primera* luz, el infinito y eterno soplo que mueve el universo e infunde la vida inteligente en toda la creación. La *segunda* luz condensa la materia cometaria en formas que pueblan el círculo cósmico, ordena los innumerables mundos que flotan en el espacio etéreo en todas las formas e infunde vida *no inteligente*. La *tercera* luz produce el universo físico y según se aleja de la divina luz céntrica va palideciendo su brillo hasta convertirse en *tinieblas* y *mal*, es decir, en materia densa, a que los herméticos llamaron “purgaciones groseras del fuego celeste”.

Al ver el Señor Ferho (41) los esfuerzos de la chispa divina para recobrar su libertad y no hundirse todavía más en la materia, emanó de Sí mismo una *Mónada* a la que unida la chispa por sutilísimo hilo debía *vigilar* durante su continuada peregrinación de forma en forma. Así la mónada quedó infundida en la piedra (42); y al cabo de tiempo, por la combinada acción del *fuego* y del *agua* viviente, que lanzaban a la par su brillante *reflejo* sobre la piedra, salió la mónada suavemente de su prisión convertida en liquen (43). A través de sucesivas transformaciones fue ascendiendo la mónada y asimilándose cada vez mayor brillo de la paterna chispa a la que va aproximándose a medida que pasa por las formas. Por este orden quiso proceder la Causa primera, de modo que la mónada vaya ascendiendo lentamente hasta que su forma física recobre el estado que tuvo en el Adán de *barro* a semejanza del Adán Kadmon; pero antes de llegar a esta última transformación terrestre, la envoltura externa de la mónada pasa de nuevo en el período embrionario de la gestación por las fases de los diversos reinos de la naturaleza y asume vagas configuraciones de planta, reptil, ave y cuadrúpedo hasta metamorfosearse en feto humano (44).

En el acto del nacimiento queda la mónada *inconsciente* (45), es decir, pierde todo recuerdo del pasado hasta que gradualmente recobra la conciencia cuando al instinto de la niñez sucede la razón y el juicio. Luego de separada la vida (alma astral) del cuerpo físico, la libertada mónada se reúne gozosa con su progenitor espíritu, el refulgente *augoeides*; e identificados ambos, forman, con gloria proporcionada a la pureza espiritual de su pasada vida terrena, el Adán que ha recorrido por completo ya el “círculo de necesidad” y desechado hasta el último vestigio de su envoltura física. Desde entonces aumenta gradualmente su esplendor a cada paso que da en el brillante sendero cuyo punto terminal coincide con el del que partió para recorrer el ciclo máximo.

DIVINIDADES BISEXUALES

Los seis primeros capítulos del *Génesis* encierran toda la darwiniana teoría de la selección natural. El *hombre* mencionado en el capítulo primero es radicalmente distinto del *Adán* del capítulo segundo, porque el *hombre* fue creado a imagen de Dios, macho y hembra o sea bisexual, mientras que *Adán* fue formado del barro de la tierra y se convirtió en “ánima viviente” cuando el Señor le infundió por las ventanillas de la nariz el soplo de vida. Además, este *Adán* era masculino y no le encontraba Dios digna compañera. Los *adonai* son puras entidades espirituales y por lo tanto no tienen sexo o, mejor dicho, reúnen en sí los dos sexos como el Creador. Tan acertadamente comprendían los antiguos este concepto, que representaban a la par masculinas y femeninas a muchas divinidades. Quien lea detenidamente el texto del *Génesis* no tiene más remedio que interpretarlo según hemos expuesto, so pena de ver en ambos pasajes contradicciones absurdas.

El texto literal dio motivo a los escépticos para ridiculizar el relato mosaico, y precisamente de la letra muerta dimana el materialismo de nuestra época; pero no sólo alude el Génesis con toda claridad a las dos primeras razas humanas, sino que extiende la alusión a la tercera y cuarta simbolizadas en los “hijos de Dios” y en los gigantes (46).

El autor de la recién publicada obra: *Religión natural e investigación acerca de la realidad de la revelación divina*, se burla de la unión de los “hijos de Dios” con las “hijas de los hombres” que *eran hermosas*, según dice no sólo el *Génesis* sino también el maravilloso *Libro de Enoch*. Pero es lástima que los doctos librepensadores de nuestra época no empleen su implacable lógica en rectificar sus partidistas y unilaterales opiniones, desentrañando el verdadero espíritu de las antiguas alegorías, mucho más *científicas* de cuanto pudieran suponer los escépticos. Sin embargo, de año en año vendrán nuevos descubrimientos a corroborar el significado de estas alegorías, hasta que la antigüedad en peso quede vindicada.

Del texto hebreo se infiere claramente que hubo una raza de criaturas puramente carnales y otra de seres puramente espirituales. Dejemos a la competencia de los antropólogos la evolución y selección de las especies y limitémonos a repetir, de acuerdo con la filosofía antigua, que de la unión de estas dos razas nació la raza adámica, que por participar de la naturaleza de sus progenitoras es igualmente apta para vivir en el mundo físico y en el espiritual. Con la naturaleza física está aliada la razón que le da señorío y predominio sobre los demás seres de la tierra, y con la naturaleza espiritual está aliada la *conciencia*, que le guía entre las falacias de los sentidos para discernir instantáneamente entre lo justo y lo injusto.

Este discernimiento es privativo del espíritu absoluto, puro y sabio por naturaleza, como emanación de la pureza y sabiduría divina. Las decisiones de la conciencia no dependen de la razón, pues sólo podrá manifestarse plenamente cuando se haya abstraído a la servidumbre de la naturaleza inferior.

La razón no es facultad inherente al espíritu, porque tiene por instrumento el cerebro físico y sirve para deducir el consecuente del antecedente y la conclusión de las premisas, de conformidad con las pruebas suministradas por los sentidos. El espíritu *sabe* de por sí y no necesita argumentar ni discutir, pues como emanación del eterno espíritu de sabiduría, ha de poseer los mismos atributos esenciales que el todo de que procede. Por lo tanto, no discurrían desafortunadamente los antiguos teurgos al decir que el elemento espiritual del hombre no se infundía plenamente en su cuerpo, sino que tan sólo cobijaba al alma astral, medianera entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha subyugado su naturaleza inferior lo bastante para recibir directamente la esplendorosa luz de su *augeoïdes*, conoce por intuición la verdad y no puede errar en sus juicios a pesar de cuantos sofismas arguya la fría razón. Entonces alcanza la ILUMINACIÓN, cuyos efectos son la profecía, clarividencia e inspiración divina.

INTERPRETACIÓN DEL GÉNESIS

De acuerdo con las místicas doctrinas de los filósofos herméticos, escribió Swedenborg varios volúmenes, deseoso de interpretar el sentido esotérico del *Génesis*. Era Swedenborg congénitamente mago iluminado, pero no *adepto*; y así, no obstante haber seguido el mismo método de interpretación empleado por los alquimistas, fracasó en su propósito, porque tomó por modelo a Eugenio Filaleteo, que, si bien eximio alquimista, no llegó jamás a la “suprema pirotecnia”, según la frase alegórica de los mismos filósofos místicos. Sin embargo, aunque ni uno ni otro lograron abarcar todos los pormenores de la verdad, dio Swedenborg al primer capítulo del *Génesis* esencialmente la misma interpretación que los filósofos herméticos, demostrando que en sus versículos se encubre la regeneración o nuevo nacimiento del hombre y en modo alguno la creación de nuestro universo con el hombre por remate y corona.

Que Swedenborg substituyera los términos *sal*, *azufre* y *mercurio*, que emplearon los alquimistas, por los de *fin*, *causa* y *efecto* (47), en nada se opone a la interpretación del texto mosaico por el único método posible, o sea el de las correspondencias, que emplearon los herméticos y fue también el de los pitagóricos y cabalistas, resumido en el famoso apotegma: “como arriba, así es abajo”.

Este mismo método siguen los filósofos budistas, que en su todavía más abstracta metafísica invierten la definición corriente entre los modernos científicos y consideran como única realidad los arquetipos invisibles y como *ilusión* los prototipos visibles o efectos de las causas.

Por muy contradictorias que parezcan las interpretaciones del *Pentateuco* en las obras de Swedenborg, demuestra con ellas que las literaturas sagradas de todos los países, sean los *Vedas*, la *Biblia* o las *Escrituras* budistas, sólo pueden interpretarse a la luz de la filosofía hermética. Los más eminentes sabios antiguos y medioevales fueron herméticos, como también lo son los mis-

ticos contemporáneos; y ya les ilumine la verdad por medio de su intuición, ya reciban esta luz en premio del estudio y de la ordinaria iniciación, todos aceptan el método y siguen el sendero trazado por instructores como Moisés, Gautama el Buddha y Jesús. El *rocío del cielo*, en que simbolizaban los alquimistas la verdad, baña su corazón, porque en *las cumbres de las montañas* extendieron *limpias telas de lino* para recogerlo. De esta suerte, cada cual a su manera, se adueñaron del *disolvente universal*-

Muy distinta cuestión es inquirir hasta qué punto estaban facultados para divulgar las verdades poseídas. El Maestro no puede quitarse arbitrariamente aquel velo, que, según el *Éxodo*, cubría el rostro de Moisés al descender del Sinaí para comunicar al pueblo la palabra de Dios, sino que depende de si los oyentes quieren descorrer el velo que “encubre sus corazones”. Así lo significa claramente el apóstol Pablo en su epístola a los corintios, cuando les dice que si sus entendimientos están cegados por el fulgor que rodea a la verdad divina, no podrán ver la luz hasta que descorran el velo de sus corazones y *vuelvan al Señor* (48), aunque el maestro descorra o no el que cubre su faz.

El eterno conflicto entre las diversas religiones del mundo, tales como la cristiana, judía, pagana, induísta y budista, proviene de que muy pocos de sus respectivos fieles conocen la verdad, y la mayoría se obstinan en no descorrer el velo de su corazón creyendo que el ciego es su prójimo. La divinidad exotérica de todas las religiones, incluso la cristiana, no obstante sus presunciones de misterio, es un ídolo, una ficción y no puede ser otra cosa. Cubierto el rostro con *tupido velo* habla Moisés a la muchedumbre y les representa al cruel y antropomórfico Jehovah como el Dios más sublime; pero oculta en lo más íntimo de su corazón aquella verdad que “no puede decirse ni revelarse”. Kapila hiere con la punzante espada del sarcasmo a los yoguis que afirmaban ver a Dios en sus éxtasis. Gautama el Buddha encubre la verdad bajo impenetrable capa de sutilezas metafísicas y la posteridad le tilda de ateo. A Pitágoras le tienen muchos por hábil impostor a causa de su alegórico misticismo y de la doctrina de la metempsicosis. Apolonio y Plotino sufren injusta acusación de visionarios y charlatanes. Muchos traductores y comentaristas de Platón, cuyas obras tan sólo han leído superficialmente la mayor parte de nuestros *eminentes* eruditos, le echan en cara absurdos y puerilidades, con más el desconocimiento de su propio idioma (49).

OPINIÓN DE SPINOZA

Podría llenarse todo un libro con los nombres de sabios cuyas mal comprendidas obras se diputan por un tejido de absurdos místicos, tan sólo porque los críticos escépticos son incapaces de levantar el velo que encubre su verdadero significado. Esto deriva principalmente de que la mayoría de los lectores tienen la inveterada costumbre de juzgar de una obra por los aparentes conceptos del texto, sin detenerse a penetrar su espíritu. Aun hoy mismo, los filósofos

de las distintas escuelas se valen de exposiciones diversamente figuradas y algunas obscuras y metafóricas, no obstante tratar del mismo asunto. A la manera como los rayos emanan todos de un foco central, así también los filósofos místicos, ya píos y devotos como Enrique More, ya irascibles y groseros como su contrincante Eugenio Filaleteo, o bien con apariencias de ateos como Spinoza, todos tienen por único punto de mira y objeto de estudio al HOMBRE.

Spinoza es tal vez el filósofo que nos da la más segura clave de este simbolismo, pues mientras Moisés se limita a prohibir al pueblo que esculpa imágenes de aquél cuyo nombre no debe tomarse en vano, Spinoza va más allá y declara terminantemente que nadie es capaz de describir a Dios ni es posible en lenguaje humano dar idea del único Ser. El lector juzgará si en esto estuvo más acertado Spinoza que los teólogos cristianos. Todo cuanto se aparte de la infabilidad del concepto de Dios dará por resultado que el vulgo antropomorfece a la Divinidad, y así pudo decir Swedenborg que en vez de crear Dios al hombre a su imagen y semejanza, ha creado el hombre a Dios a la suya (50).

¿En qué consiste, pues, el secreto a que tanto aluden los herméticos? Jamás dudarán de este secreto los estudiantes sinceros de ocultismo, pues de seguro que hombres de talento como fueron los herméticos no se hubieran dejado llamar locos ni contagiarse con su locura a otros durante miles de años. Siempre se ha sospechado que la “piedra filosofal” encubría secreta significación a un tiempo espiritual y física. El autor de la obra: *Observaciones sobre la alquimia y los alquimistas* dice muy acertadamente que el arte hermético tiene por sujeto al hombre y por objeto la perfección del hombre (51); pero no estamos de acuerdo con él cuando dice que aquellos a quienes llama “estúpidos avaros”, no pensaron jamás en conciliar el aspecto moral con el físico, pues prueba de que en efecto consideraron también la cuestión desde el punto de vista físico es que dividieron la trinidad humana en tres elementos: *sol*, *mercurio* y *azufre* o *fuego oculto* que simbolizan respectivamente el *espíritu*, el *alma* y el *cuerpo*. Espiritualmente es el hombre la piedra filosofal o como dijo Filaleteo: una *trinidad*, esto es, *trino* en *uno*.

Pero el hombre físico tiene también por símbolo la piedra filosofal, ya que su causa es el divino espíritu o disolvente universal. El hombre es una correlación de fuerzas físico-químicas, paralela a otra correlación de fuerzas espirituales que reaccionan sobre aquéllas en proporción del desarrollo alcanzado por el hombre terreno. Así dijo un alquimista: “Se perfecciona la obra según la virtud de cuerpo, alma y espíritu, porque el cuerpo no es penetrable sino por el espíritu, ni persistiría el *tinte pluscuamperfecto* del espíritu si no fuese por el cuerpo, ni tampoco podrían comunicarse espíritu y cuerpo sin la relación del alma, porque el espíritu es invisible y necesita de la *vestidura* del alma para manifestarse”.

Dice Roberto Fludd, jefe de los filósofos del fuego, que la luz engendra simpatía y las tinieblas antipatía. Enseñaban además estos filósofos, de conformidad con otros cabalistas, que “las antinomias de la naturaleza derivan de la

esencia o raíz eterna de todas las cosas, con lo cual tendremos que de la causa primera dimanar igualmente el bien y el mal. El Creador (que conviene distinguir del supremo Dios) es el padre de la materia, vehículo del mal, y padre también del espíritu que emanado de la causa primera y agnoscible se difunde a través de Él por todo el universo. A este propósito dice Fludd: “Es indudable que así como en la máquina universal hay infinidad de seres *visibles*, también hay infinidad de seres *invisibles* de diversa naturaleza. Según el texto bíblico, Moisés ansiaba conocer el misterioso nombre de Dios, cuando Dios le dijo: “*Jehovah es mi sempiterno nombre*; pero ni con éste ni con ningún otro nombre es posible articular en lenguaje humano la simple y pura naturaleza de Dios, pues todo nombre está comprendido en Dios porque en Dios hay *voluntad* e *involuntad*, negación y afirmación, muerte y vida, maldición y bendición, mal y bien (aunque idealmente nada malo hay en Dios), concordia y discordia, simpatía y antipatía” (52).

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS

Los seres invisibles que los cabalistas llaman espíritus elementarios ocupan el ínfimo peldaño en la escala de la creación. Hay tres clases de espíritus elementarios:

1.^a Espíritus terrestres que aventajan a las otras dos clases en sutileza e inteligencia. Son las sombras o larvas de cuantos durante la vida terrena repugnarón toda luz espiritual y vivieron y murieron tan profundamente hundidos en el cieno de la materia, que de sus almas pecadoras se fue separando poco a poco el espíritu inmortal (53).

2.^a Prototipos de hombres que todavía han de nacer. Ninguna forma, por elevada que sea, puede surgir a la existencia objetiva sin que la preceda la idea abstracta de la misma forma o lo que Aristóteles llama su *ideación*. Antes de pintar un cuadro es preciso que el pintor lo bosqueje en su mente y antes de construir un reloj es indispensable que ya lo haya construido idealmente el relojero. Así sucede con los hombres.

Según Aristóteles, en los cuerpos físicos concurren tres elementos: ideación, materia y forma. Si aplicamos este principio al caso particular del cuerpo humano, tendremos que la ideación del niño por nacer está en la mente del Creador, pues aunque la ideación no es substancia ni forma ni cualidad ni especie, es algo abstracto que ha de existir en forma objetiva y concreta. En consecuencia, tan pronto como la ideación se enfoca en el éter universal queda plasmada etéreamente la forma. Si la ciencia moderna admite que el pensamiento humano puede actuar en la materia de otros sistemas planetarios al par que en la del nuestro, ¿cómo dudar de la actuación del pensamiento divino en el alma del mundo o éter universal? Por lo tanto, hemos de inferir que la energía de la mente divina plasma las ideaciones, pero no crea la materia en que se plasma, porque esta materia es coeterna con el espíritu y a impulsos de la evolución

quedó preparada para formar un cuerpo humano. Las formas son transitorias; las ideas que crean las formas y la materia en que se plasman son permanentes. Los prototipos no provistos todavía de espíritu inmortal pueden considerarse como *embriones psíquicos* que, cuando les llega la hora, *mueren* en el mundo invisible y *nacen* al mundo visible en forma de fetos de término que reciben *in transitu* aquel divino soplo llamado espíritu que completa al hombre. Esta clase de elementales no pueden comunicarse objetivamente con los hombres.

3.^a Espíritus elementales que nunca alcanzan el reino humano, sino que ocupan un peldaño especial en la escala de los seres, es decir, que cada especie de esta clase está confinada a su propio elemento sin jamás incurrir en el de las demás especies. Son los espíritus o agentes de la naturaleza, llamados por Tertuliano “príncipes de las potestades aéreas”. Se cree que estos seres no tienen espíritu inmortal ni cuerpos físicos, sino tan sólo formas astrales en cuya etérea materia predomina la del elemento en que residen. Pueden considerarse estos espíritus elementales como la infusión de una inteligencia rudimentaria en un cuerpo sublimado. Algunos de ellos son inmutables, pero ninguno es capaz de actuar individualmente, sino en colectividad. Otros mudan de forma con arreglo a las leyes cuya explicación dan los cabalistas; y por más que aun los de más denso cuerpo escapan a nuestra ordinaria percepción visual, no se substraen a la clarividencia. Todos ellos viven en el éter y pueden, además, manipularlo para efectos físicos con tanta facilidad como nosotros comprimir el aire y el agua por medio de aparatos neumáticos o hidráulicos. En estas manipulaciones suelen ayudarles los elementales terrestres. Por otra parte pueden plasmar en el éter cuerpos objetivos para cuyas formas toman por modelo los retratos estampados en la memoria de las personas a que se acercan. No es necesario que el circunstante esté pensando en aquel momento en la persona cuyo retrato copia el elemental, pues lo mismo ocurre aunque su recuerdo se le haya borrado de la memoria, ya que la mente, semejante a placa fotográfica, recibe en pocos segundos de exposición la huella de cuanto se pone a su alcance, aun la fisonomía de las personas que sólo vemos una vez en la vida.

ESPÍRITUS PLANETARIOS

Según Proclo, las diversas jerarquías de espíritus planetarios residen en las regiones que se dilatan desde el cenit de la tierra hasta la luna. La jerarquía superior es la de los doce *uperuranioi* (dioses supercelestes) que tienen a sus órdenes huestes enteras de espíritus subalternos. Sigue después la jerarquía de los *egkosmioi*, o dioses intercósmicos, que disponen de gran número de espíritus a quienes comunican su poder transfiriéndolo de unos a otros según les place. Estos elementales personifican evidentemente las correlativas fuerzas de la naturaleza, cuyos agentes son la tercera clase de elementales.

También según Proclo, de conformidad con el principio hermético de tipos y prototipos, que las esferas inferiores están igualmente pobladas por

diversas jerarquías de seres subordinados a los de las esferas superiores y, de acuerdo con Aristóteles, sostiene que nada hay vacío en el universo, pues los cuatro elementos están poblados de demonios (espíritus) de naturaleza fluida, etérea y semicorpórea que desempeñan el papel de agentes medianeros entre los dioses y los hombres. Aunque estos seres son inferiores en inteligencia a la *sexta* jerarquía de espíritus elevados, influyen directamente en los elementos y en la vida orgánica, y presiden el crecimiento, florecencia y variaciones de las plantas, además de personificar las propiedades virtuales infundidas desde el celeste *ulé* en la materia inorgánica. Pero como quiera que el reino vegetal es de un grado superior al mineral, las emanaciones de los dioses celestes asumen en los vegetales una condición peculiar que constituye el *alma* de la planta. Esto es lo que Aristóteles llama la *forma*, que con la ideación y la materia son los tres principios de los cuerpos naturales. Según la filosofía aristotélica, la naturaleza trina de los cuerpos requiere, además de la materia constituyente, otro principio invisible aunque substancial, en la acepción ontológica de la palabra, pero realmente distinto de la materia plasmada. Así tendremos que además de los huesos, músculos, sangre y nervios en los animales y de la celulosa y savia en los vegetales, ha de existir distintamente de la fuerza vital y de la energía química, una forma substantiva que Aristóteles llamaba *alma* y Proclo el demonio de minerales, plantas y animales, y los filósofos medioevales denominaban *espíritus elementarios* de los cuatro reinos.

Todo esto se disputa en nuestro siglo por grosera superstición metafísica; y sin embargo, si nos atenemos estrictamente a los principios ontológicos echaremos de ver en estas viejas hipótesis visos de probabilidad, con el hilo que nos permita hallar los “eslabones perdidos” que tan perpleja ponen a la ciencia clásica, cuyo dogmatismo tiene por ilusorio cuanto escapa a su inducción. Así dice el profesor Le Conte que algunas eminencias científicas califican de “supersticiosa reminiscencia el concepto de la fuerza vital” (54). De Candolle propuso que se llamase “movimiento vital” a la “fuerza vital” (55) y con ello predispuso a la ciencia para convertir al hombre inmortal y pensante en autómatas movidos por un mecanismo de relojería. Sin embargo, a esto arguye Le Conte diciendo: “¿Pero es posible concebir movimiento sin fuerza? Y si el movimiento es peculiar al organismo también debe serlo la *modalidad de fuerza*”. La cábala judía llama *shedim* a los espíritus de la naturaleza y los divide en cuatro clases. Los persas les llamaban *devas*, los griegos *demonios*, los egipcios *afrites* y algunas tribus de África *yowahoos*. Según Kaiser, los antiguos mexicanos creían que los espíritus moraban en numerosas mansiones. Una de ellas para los niños muertos en estado de inocencia, que allí esperaban su definitivo destino; otra situada en el sol para los héroes; y los pecadores empedernidos quedaban condenados a vagar sin esperanza por cavernas hundidas en los confines de la atmósfera terrestre, de donde no les era posible salir y pasaban el tiempo comunicándose con los mortales e infundiendo terror en cuantos acertaban a verlos.

LOS HORÓSCOPOS

En el Panteón indo hay no menos de trescientos treinta millones de linajes de espíritus, incluyendo los elementales a que los brahmanes llaman daityas. Según aseguran los adeptos, estos espíritus elementales van atraídos hacia determinadas regiones celestes por una fuerza análoga a la que dirige la brújula hacia el norte y preside los movimientos de algunas plantas. También dicen que las diversas especies de elementales tienen respectiva preferencia por los hombres, según el temperamento fisiológico de estos, sea bilioso, linfático, nervioso o sanguíneo, por lo que las personas de cada uno de estos temperamentos se verá favorable o desfavorablemente afectada por ciertas condiciones de la luz astral en correspondencia con la relativa posición de los astros. Gracias a este principio fundamental, descubierto al cabo de larguísimos siglos de observaciones, pueden los adeptos astrólogos trazar muy aproximadamente el horóscopo de una persona, con sólo computar la posición de los astros en el instante de su nacimiento. La exactitud del horóscopo dependerá, por consiguiente, no tanto de la erudición del astrólogo como de su conocimiento de las fuerzas ocultas y seres invisibles de la naturaleza.

Eliphas Levi expone con muy racional fundamento la ley de las recíprocas influencias de los planetas y sus combinados efectos en los reinos mineral, vegetal, animal y humano. Afirma, además, que la atmósfera astral está en tan incesante movimiento como la aérea, y se muestra conforme con Paracelso en que todo hombre, animal y planta lleva señales externas e internas de las influencias predominantes en el momento de la concepción germinal. También admite con los cabalistas, que nada hay inútil o indiferente en la naturaleza, pues hasta un suceso al parecer tan insignificante como el nacimiento de un niño en nuestro diminuto planeta influye en el universo, al par que recíprocamente el universo influye en él. Dice a este propósito: “Los astros están solidarizados por atracciones que los mantienen en equilibrio y les impelen a moverse regularmente en el espacio. Los rayos de luz se intercambian y entrecruzan de globo a globo, sin que haya en ningún planeta punto alguno que no forme parte de esta sutilísima pero indestructible red. El adepto astrólogo ha de computar exactamente el lugar y hora del nacimiento e inferir luego de las influencias planetarias las facilidades u obstáculos que haya de encontrar el niño en la vida y las congénitas disposiciones para cumplir su destino. Asimismo ha de tener en cuenta la energía individual de la persona cuyo horóscopo se estudia, por cuando indica su potencialidad para vencer las dificultades y dominar las propensiones siniestras, de modo que con ello libere su ventura, o bien sufrir las consecuencias si no tiene energía bastante para mudar su destino” (56). Considerada esta materia desde el punto de vista de los antiguos, resulta muy distinta del concepto expuesto por Tyndall en el siguiente párrafo de su famoso discurso de Belfast: “El ordenamiento y gobierno de los fenómenos naturales está encomendado a ciertos seres, imperceptibles por los sentidos, que no obstante su

poder son *criaturas humanas*, nacidas acaso del seno de la humanidad con todas las pasiones y concupiscencias propias del hombre (57).

Respecto al *humano* espíritu, coinciden en conjunto las opiniones de los filósofos antiguos y de los cabalistas medievales, aunque difieran en los pormenores, y así podemos considerar la doctrina de cada uno de ellos como propia de todos. La discrepancia más notable estriba en cómo se infunde y reside el espíritu inmortal en el cuerpo humano. Los neoplatónicos sostenían que el augo-eides no se une jamás hipostáticamente al ser humano, sino que cobija e ilumina con su resplandor al alma astral; pero los cabalistas medievales afirmaban que el espíritu se separaba del océano de luz para infundirse en el alma astral del hombre, que como una cápsula lo envolvía durante la vida terrena.

CAÍDA EN LA GENERACIÓN

Dimanaba esta discrepancia de que los cabalistas cristianos tomaban al pie de la letra el relato de la caída del hombre. Decían a este propósito: “A consecuencia de la caída de Adán quedó el alma contaminada por el mundo de la materia, personificado en Satán, y era preciso que en las tinieblas eliminase toda impureza antes de comparecer en presencia del Eterno con el divino espíritu aprisionado. El espíritu está en la cárcel del alma como una gota de agua presa en una cápsula de gelatina en el seno del Océano; mientras no se rompa la cápsula permanecerá aislada la gota, pero en cuanto la envoltura se quiebre, se confundirá la gota con la masa total de agua perdiendo su existencia individual. Lo mismo sucede con el espíritu. Mientras está encarcelado en el alma, su medianero plástico, existe individualmente; pero si se desintegra la envoltura a consecuencia de las torturas de una conciencia marchita, de crímenes nefandos o enfermedades morales, el espíritu se restituye a su morada primera. La individualidad se separa”.

Por otra parte, los filósofos que interpretaban genésicamente la “caída en la generación” creían que el espíritu era completamente distinto del alma a la que iluminaba con sus rayos. El cuerpo y el alma habían de lograr la inmortalidad ascendiendo hacia la Unidad con la que al fin quedaban identificados y, por decirlo así, absorbidos. La individualización del hombre después de la muerte depende del espíritu y no del alma ni del cuerpo; y aunque en rigor el espíritu no tiene *personalidad*, es una entidad distinta, inmortal y eterna *per se*, aun en el caso de los criminales impenitentes de cuyo cuerpo y alma se aparta, dejando que la entidad inferior se desintegre gradualmente en el éter. Entonces el espíritu separado se convierte en ángel; porque los *dioses* de los paganos o los *arcángeles* de los cristianos, a pesar de la atrevida afirmación de Swedenborg, son emanaciones directas de la Causa primera y *nunca fueron ni serán hombres*, por lo menos en nuestro planeta.

Esta cuestión ha sido en todo tiempo piedra de escándalo para los metafísicos. En esta misteriosa enseñanza se basa todo el esoterismo de la filo-